**Lo que la India me enseñó**

**Una historia *masala***

# Lección 1: Los coches circulan por la izquierda… y por la derecha también

Llegué a la India una mañana de marzo. Pablo, mi pareja, y yo vivíamos en Reino Unido, pero íbamos a mudarnos a Berlín para probar suerte. Sin embargo, una oferta de trabajo para traductores que un tal Ram publicó en CouchSurfing se cruzó en nuestro camino. Lo hablamos y decidimos que no podíamos desaprovechar esta oportunidad. Para mí, significaba hacerme con una experiencia profesional que llevaba mucho tiempo buscando. Además, los dos estábamos abiertos a descubrir Asia. Trabajaríamos en Ahmedabad un año, viajaríamos unos meses por el continente y retomaríamos nuestros planes en Alemania. No obstante, las cosas casi nunca salen como se planean. Para empezar, tuve que volar sola, ya que el visado de Pablo estaba tardando más tiempo de lo esperado y Ram me quería allí lo antes posible.

Ya en el avión empecé a pensar en lo que me encontraría. ¿Qué se espera cualquiera que viaja a la India? Cuando les comentas a tus amigos, familiares o conocidos que te mudas allí, suelen mostrarse un poco reticentes, por no decir que piensan que estás mal de la cabeza. A veces te encuentras con advertencias como «Cuidado, a ver si te van a violar» o «Ya nos veremos a la vuelta, si es que vuelves…». Los que han estado te dicen que todo está sucio, hay gente pidiendo en cada esquina, debes vestirte de la forma más recatada posible para que no te miren, el tráfico es una locura… Aunque también hay quien alaba su belleza, esa no fue, por desgracia, mi experiencia. Hay algo de verdad en todo esto, por supuesto, pero nada es completamente blanco o negro en la vida.

Arrastrando dos maletas y con mi mochila a la espalda, vislumbré desde dentro del aeropuerto a una persona que parecía buscarme también a través de las cristaleras que separaban el espacio interior del exterior. Era mi jefe, Ram, que se había comprometido a recogerme y llevarme a mi nueva casa, ya que el trabajo traía alojamiento incorporado. En cuanto salí (en la India solo se puede acceder al aeropuerto si tienes un billete de avión para las cuatro horas posteriores), me dio un abrazo; un saludo muy cercano (demasiado para mí, que no me lo esperaba), casi equivalente a los dos besos en España, que contrastaba con la tensión y la falta de educación que había percibido en la última hora. Al ir a buscar mi equipaje a la cinta transportadora, todo el mundo parecía querer estar delante sin importarles nada ni nadie, y ni siquiera tenían la decencia de disculparse por sus atropellos (literales, con el carrito para las maletas). Viniendo de Reino Unido, la diferencia en el comportamiento era abismal. En fin, ya me acostumbraría a esta manera de ser, que a menudo no es falta de educación, sino una forma de comportarse menos estirada. Todo depende del cristal con el que se mire.

Ram me guio hasta su coche. Acomodamos el equipaje en el maletero y me senté en el asiento del copiloto, el de la izquierda. Mi jefe me lo aclaró: «Los ingleses estuvieron aquí durante muchos años, así que seguimos sus costumbres». Es lógico, pero era algo que nunca me había planteado. ¿Quién se para a pensar por qué carril circulan los coches en las colonias? Mientras me abrochaba el cinturón, recibí una nueva lección: «No hace falta, aquí no te van a multar». Con ojos como platos, respondí «Bueno, no estoy a gusto sin él» y me lo puse. Después de lo que había oído, cualquiera se arriesgaba.

En el trayecto hasta mi nuevo hogar hablamos de trabajo y de otros asuntos, pero yo no prestaba mucha atención. Estaba absorta mirando por la ventana e intentando hacerme una idea de cómo era mi nueva ciudad. ¡Un camello! Nunca había visto un camello por la calle. Parecía que arrastraba un carro de verduras. A Ram le hacía mucha gracia mi sorpresa y lo emocionada que estaba.

—‍Creo que nunca he visto a nadie con tantas ganas de venir a la India —‍me dijo riéndose.

Casi habíamos llegado. Por desgracia, delante del edificio donde viviría estaban construyendo una nueva carretera. Empezamos bien; obras en mi misma puerta, lo que conlleva ruido, polvo a raudales y tener que recorrer un camino más largo para ir a la oficina. Incluso en ese momento eran una molestia, ya que mi jefe tendría que dar un rodeo de unos cientos de metros con el coche… o no… Simplemente cogió el carril contrario, se orilló a la derecha para permitir el paso a los coches que venían de frente y, así, a lo kamikaze, llegamos a nuestro destino.

Mi casa se encontraba detrás del *gurudwara*, un templo de la religión sij que se caracteriza por sus cúpulas y su color blanco. Los seguidores de esta religión, fundada por el gurú Nanak en el siglo XV en Panjab (a lo mejor conocéis este estado con el nombre de Punjab, pero la pronunciación se parece más así) se reconocen por llevar un turbante y tienen fama de ayudar a cualquiera que vean en apuros.

Mi nueva comunidad estaba formada por cuatro edificios, cada uno con una letra asignada. Nos dirigimos a la A. El ascensor era de esos antiguos que apenas se ven ya en Europa, con rejillas de hierro que hay que cerrar manualmente. Al correr el primer enrejado, un pitido infernal empezó a sonar, indicando que la puerta estaba abierta. Cerramos y mi jefe pulsó el número nueve. Al parecer iba a vivir en un noveno. Seguro que tendría buenas vistas desde tan arriba. Al llegar, una chica con pinta de haberse pasado la noche sudando y acabar de levantarse nos dejó entrar. Eva, de Austria, era mi nueva compañera de piso.

# Lección 2: *Gola*

Los diez primeros días fueron todo un reto. Aunque estaba acostumbrada a moverme por diferentes países sin conocer a nadie (Francia, Suiza, Estados Unidos…), mudarme a la India fue, al principio, una experiencia abrumadora. Tenía la sensación de no ser capaz de hacer nada ni de ir a ningún sitio sola. Me pegué a Eva como una lapa. Iba con ella al trabajo y de vuelta a casa, a hacer la compra… ¿Cómo iba a coger un *rickshaw* yo sola? ¡Si los conductores no hablan inglés! Y yo no era capaz de recordar los nombres de los edificios a los que me tenían que llevar; incluso si me acordaba, a veces ellos no sabían dónde estaban, y yo no podía indicarles el camino, ¡porque tampoco lo sabía!

Los *rickshaws*, para los que no estéis familiarizados con esta palabra (a lo mejor os suena más *tuk tuk*, pues así se llaman los de Tailandia), son una especie de triciclo a motor con una cubierta y aberturas laterales. El *rickshawala* o conductor va en la parte delantera, muchas veces sentado sobre su propia pierna. Hablo en masculino porque nunca he visto a una mujer conduciéndolos, aunque parece que algunas están luchando por entrar en el negocio en Mumbai (o Bombay). Algunos de estos autos se arrancan tirando de una palanca en el suelo y tienen un contador. Estos son de varios tipos. En Ahmedabad, por ejemplo, se parece a un contador de la luz. Al principio del trayecto hay que comprobar que está a cero y, al final, mirar qué número marca y cotejarlo con unas tablas de precios que suelen llevar los conductores. ¿Entendéis por qué me agobiaba tener que cogerlos sola? Además, solo se puede acceder a la parte trasera por el lado izquierdo y caben, en principio, tres personas, pero siempre se puede negociar y pagar un poco más para ir cuatro, cinco… Una vez un *rickshawala* nos confesó haber llevado a catorce; supongo que habría niños y gente hasta en el techo. Estoy hablando, por cierto, de *auto-rickshaws*, ya que en Ahmedabad son el único tipo que encontramos. En otras zonas del país los hay de bicicleta también, pero ya hablaremos de ellos.

En el supermercado, la mayoría de los productos me resultaban ajenos. Incluso lo más básico en Europa, como la pasta, apenas se encontraba en las pequeñas tiendas. En cambio, había todo tipo de legumbres y verduras que no había visto en mi vida. Además, al salir tienen que sellarte el tique. No sé muy bien para qué, pero, si no me lo hubiera dicho Eva, ¿cómo me las habría apañado con un hombre de seguridad a la salida que no me deja irme a casa con mi compra y no sé por qué?

Por suerte, gracias al siempre lento en la India internet, podía desahogarme con Pablo, que seguía luchando por su visado en España. Era un gran apoyo en aquel momento, ya que yo no conocía a nadie en Ahmedabad. Mis únicos contactos eran mi jefe y Eva, que se encerraba en su habitación nada más volver del trabajo, solo salía para cocinar y a veces se veía con amigos, pero nunca me invitaba.

Afortunadamente Ram se dio cuenta de que necesitaba salir y un día nos llevó a Eva y a mí a tomar *gola*: hielo picado cubierto de sirope de diferentes aromas, algunos desconocidos para mí: mango, mango verde, chirimoya, sapotilla, jambul, rosas, chocolate, kiwi, naranja… «Elige». No era fácil, así que nuestro anfitrión pidió el especial: un plato de hielo picado cubierto por cucharadas y cucharadas de diferentes sabores, con helado encima, así como coco rallado y (por supuesto) *masala*, una mezcla de especias. Cogimos tres cucharas y compartimos aquel manjar que era tan nuevo para mí. Mientras tanto, la conversación era escasa. Yo tenía aún poca confianza con ellos y ambos parecían bastante tímidos. Ram no iba más allá de preguntarme si alguna vez había visto alguna película de Bollywood o si estaba registrada como traductora en no sé qué página de internet, pero mi capacidad para entender el acento indio no se había desarrollado aún, por lo que la comunicación no era nada fluida.

¡Qué vergüenza! Esa misma mañana, Ram me había llamado por teléfono mientras yo estaba en la oficina. Quería algo. Y me lo repitió tres veces. Y yo no le entendía. Al final me pidió que le diera el teléfono a Eva, que se levantó, fue hasta su despacho y sacó un sobre de un cajón. ¡Ah!, eso quería… ¿Qué pensaría mi jefe de su nueva traductora que no le entendía en inglés?

Mientras estábamos allí de pie, observaba cómo la mayoría de la gente tomaba *gola* de otra forma: el hielo picado estaba prensado y tenía un palo. Con una mano lo sujetaban y, con la otra, sostenían un plato en el que había caído la mayor parte del sirope. Iban chupando el helado y volviéndolo a untar. Lo probaría así la próxima vez; parecía más entretenido.

Ram invitó a un amigo suyo, supongo que para romper un poco el hielo (de la situación, no del *gola*): Manik. Parecía más abierto, aunque también tenía un aire serio. Más tarde descubriría que esa imagen se debía únicamente a la presencia de mi jefe. «Este es Manik». Ambos tenían una constitución similar: aproximadamente un metro setenta, morenos, ojos marrones, pelo corto y una ligera barriga, muy típica entre los hombres indios (Ram, por ejemplo, la achacaba a su genética y no a la comida). Mientras Ram iba completamente afeitado, Manik lucía una barba de varios días. Le estreché la mano. «Hola, me llamo Dafne».

Aún me quedaban un par de sorpresas culinarias por descubrir aquella noche. Después del *gola* fuimos a tomar una soda. La lista de sabores era también interminable. Ram nos trajo dos para probar: granada y *masala*. En la India, mi filosofía se basa en experimentar, por lo de descubrir cosas nuevas y tal, pero he de confesar que ambas bebidas terminaron en la basura; una, por demasiado dulce y la otra, por rara.

Por último, fuimos a tomar yogur helado a pocos metros de nuestra casa, el lugar perfecto para quitarnos el sabor de boca de las sodas. Allí conversamos sobre CouchSurfing (donde había encontrado el trabajo que me llevó a Ahmedabad) y Bollywood (estaban pasando vídeos musicales en la tele y descubrí que todas las cancioneseran parte de películas y que los actores en realidad no cantan), entre otras cosas. Manik quería ir al cine a ver la típica americanada de chicos de universidad y hermandades. Como Eva ya la había visto, me lo propuso a mí. Me negué. Primero, no me apetecía pagar para perder dos horas de mi vida con semejante guion y, segundo, acababa de conocer a este chico. ¿No pensaría que iba a ir al cine con él, así sin más? ¿Sería verdad que los indios intentan ligar con todo el mundo? Y, en ese caso, ¿me estaba tirando los tejos ya? A lo mejor estaba exagerando y solo era muy sociable.

Ram nos llevó a casa temprano. Al fin y al cabo, era nuestro jefe y al día siguiente teníamos que trabajar.

# Lección 3: Papeleo, papeleo y más papeleo

Cuando llegas a la India, antes de salir del aeropuerto, tienes que pasar por Inmigración, donde, con toda la parsimonia del mundo, te revisan el pasaporte y el visado. Allí me indicaron hasta tres veces que tenía que ir a registrarme con la policía en las primeras dos semanas de estancia en el país, condición *sine qua non* para los visados de trabajo de más de seis meses.

Después de una semana, mi jefe me dio un día «libre» para que formalizara mi situación. Yo aún estaba en ese estado en el que no sabía apañármelas sola y él, adicto al trabajo, no iba a acompañarme. Así que se le ocurrió que su amigo Manik, al que me había presentado unos días antes, me llevaría. Aunque apenas lo conocía, di gracias al cielo por no tener que ir sola.

Llegó sobre las once y media de la mañana. Bajé de la oficina y me monté en el coche. Ni siquiera pude saludarlo, ya que estaba al teléfono. Y ahí estaba yo, con un desconocido al volante que solo soltaba el móvil para esconderlo de los guardias de tráfico que encontrábamos por la carretera y hablaba en hindi o gujaratí (el idioma de la región, Gujarat). Al fin pude agradecerle que me llevara a la policía. No recuerdo que me contestara con un «Vete a la mierda». Supongo que pensó que me asustaría.

«Vamos a recoger a un amigo primero y después haremos todo el papeleo». Genial, pensé, otro desconocido con el que lidiar. Por el camino, intenté evitar silencios incómodos. De repente empezó a sonar una canción de los Backstreet Boys. Con cara de asombro le pregunté:

—‍¿Tú escuchas esto?

—‍No, alguien me copió un montón de canciones en el móvil y esta es una de ellas —‍dijo. Y añadió—‍: Este grupo es en realidad de Finlandia.

—‍No, son de Estados Unidos.

—‍La gente cree eso porque tuvieron mucho éxito allí, pero en realidad son de Finlandia.

Yo, que fui una fan loca de los BSB a mis quince años, estaba segura de lo contrario.

—‍Me apuesto lo que quieras a que son de Estados Unidos.

—‍De acuerdo. Ya hemos llegado

Llamó por teléfono a su amigo, que bajó en un par de minutos.

—‍Me llamo Dafne, encantada.

—‍Hola, yo soy Niraj.

Creo que esas fueran las únicas palabras que oí de su boca en un buen rato, ya que estaba enfrascado en un videojuego de su, por lo visto, nuevo móvil. Su apellido, descubriría más adelante, era Paliwal.

Primero nos dirigimos a un edificio en el cruce llamado *Income tax* o «impuesto sobre la renta», que se llama así porque allí está el edificio gubernamental de «hacienda». Allí nos informaron de dónde teníamos que ir para completar el primer paso de la misión: conseguir una *PAN card*, algo así como la tarjeta de la seguridad social en la India. Volvimos al coche. Llegamos a esa otra oficina, rellené un formulario, entregué una pila de cartas y documentos que me había dado mi jefe para tal fin y, cuando iba a recibir mi resguardo, me informaron de que me faltaban las fotos de carné. No pasa nada; esto es la India y aquí puedes conseguir lo que necesites en cualquier momento. Fuimos a una tienda y, mientras esperábamos a que las imprimieran, nos fuimos a comer algo.

Nos acercamos a un restaurante en esa misma esquina. Yo no tenía hambre, porque había comido algo antes, así que pedí una bebida… o eso pensaba yo. Manik pidió un *chole bhature*. Era la primera vez que veía ese plato. Se trata de un curri de garbanzos (*chole*) con una especie de pan inflado enorme que parece un globo. Yo, por mi parte, recibí una soda con una bola de helado encima. Niraj se burló de mí porque, aparentemente, no quería comer. Me ofrecí a pagar, ya que ellos me estaban llevando por toda la ciudad para hacer algo que ni les incumbía, pero fue imposible: montamos la típica escenita de restaurante para ver quién se ocupa de la cuenta y solo me dejaron invitarlos a un cigarrillo que compramos en un pequeño puesto en la calle. Mi primer cigarro en la India, yo que estaba tan orgullosa de haber dejado prácticamente de fumar.

Fuimos a por las fotos.

—‍Déjame ver —‍me pidió Manik, y yo se las enseñé—‍. Estás horrible.

Me reí. Tenía toda la razón. Para que las fotos fueran válidas, tenía que llevar el pelo detrás de las orejas y no me favorecía nada.

Volvimos a por el resguardo de la *PAN card* (que me llegaría a la oficina un mes más tarde) y nos dirigimos al siguiente destino: la Comisaría de Policía. Después de firmar en varios registros para que nos dejaran entrar, subimos al segundo piso y accedimos a una sala de espera llena de gente, en la que había, a la izquierda, un montón de mesas con sus funcionarios; a la derecha, unas ocho filas de sillas; en las esquinas, aparatos de aire acondicionado con cubos debajo para recoger el agua de la condensación; y en el techo, ventiladores. Además, había un pequeño apartado especial para los extranjeros. Allí, las paredes estaban cubiertas de estanterías con montañas de papeles apilados y atados con cuerdas. Tras una breve espera, pudimos hablar con un oficial. No recuerdo su nombre, pero su cara se convertiría en un rostro familiar durante los próximos meses. Era alto y grande y ¡daba miedo! Probablemente no fuera para tanto, pero cuando habló con Manik en gujaratí, más bien le gritaba. Parecía que le estuviera echando la bronca del siglo. Y yo allí, sin entender nada y pensando dónde narices (por ser fina) me había metido. El «amable» policía nos hizo apuntar toda una lista de documentos que necesitaría para realizar el registro:

* Una fotocopia en color y una en blanco y negro del visado
* Una fotocopia del pasaporte
* Ocho fotos de carné (no es broma)
* Un formulario con ocho páginas idénticas, rellenadas una a una a mano (también va en serio, aunque esto ha cambiado a día de hoy)
* El mapa del merodeador
* Un pelo de la barba del Minotauro
* Mi resguardo de solicitud de la *PAN card*
* La *PAN card* de mi jefe
* El certificado de registro de la empresa
* Una carta de la empresa comprometiéndose a hacerse cargo de mí
* Mi contrato de trabajo…

La lista era interminable. En fin, como no tenía todos los documentos, nos fuimos. Ya volvería (yo sola) unos días más tarde para terminar con el papeleo.

Para completar mi día «libre», había planeado ir a una librería esa misma tarde y comprar un libro de hindi, pero Manik tenía algo en mente: «Vamos a subir cinco minutos a casa de Niraj, si te parece bien, y luego ya nos vamos». Cinco minutos. Me lo creí. Era mi primera semana en la India, por lo que no podía prever que esos cinco minutos se convertirían en varias horas.

# Lección 4: No te creas todo lo que oigas en la India

Subimos a casa de Niraj. Vivía solo, pero había signos de que alguien había entrado en su casa: una paloma, que se había entretenido dejando su huella en el salón, la cocina, la habitación… Niraj iba de acá para allá, limpiando las mierdas del pájaro y preguntándose entre lamentos cómo había podido pasar aquello (probablemente el visitante se había colado por las rendijas del balcón). Era de lo más cómico.

Su casa estaba en un cuarto piso y desde la ventana se veía el río Sabarmati. A la orilla, en un descampado, un grupo de niños jugaba con unos palos y una pelota. Les pregunté de qué se trataba.

—‍Juegan al críquet.

Creo que era la primera vez que veía a alguien jugando a eso, que me era absolutamente ajeno, pero es el deporte más popular de la India. Los partidos son acontecimientos que nadie se pierde y las victorias se celebran… bueno, como las del fútbol en España.

Nos sentamos a tomar un zumo. Hablamos. Pasaron cinco minutos. Seguimos hablando. Pasaron veinte. Y seguimos y seguimos durante horas: reímos, sacamos fotos con el nuevo móvil de Niraj, me contaron anécdotas, como, por ejemplo, que Manik y Niraj habían pagado una cuota para inscribirse durante dos años al gimnasio y habían asistido un par de semanas, seguidas de otro par de ellas en las que se levantaban y se quedaban en casa de Niraj para fumar y perder el tiempo y de otros seis meses de ni tan siquiera intentarlo. Nunca volverían. También me hablaron de gente que había vivido en Ahmedabad y ya se había ido. Además, Manik me mostró la colección de zapatos, zapatillas y chancletas de Niraj y buscó el alijo de caramelos y chocolatinas que, al parecer, solía tener escondido en sus armarios. La verdad es que yo no tenía la suficiente confianza con él como para robarle los caramelos (aunque aquello cambiaría en el futuro), así que, de nuevo, estaba algo incómoda con ellos. Niraj quería salir e ir al cine. Manik quería quedarse allí y no hacer nada.

—‍Niraj, comprueba una cosa en internet: ¿de dónde son los Backstreet Boys? —‍dijo Manik.

—‍¿Sabes qué? —‍respondí—‍, si he acertado yo, vamos al cine y tú pagas la entrada, ¿de acuerdo?

—‍Aquí pone que son de Estados Unidos.

Manik insistía en que lo comprobara mejor, que venían de un país nórdico.

—‍Manik, déjalo, tú pagas la entrada. ¡Fui fan suya en mi juventud! Brian y Kevin son de Kentucky, Nick, Howie y A.J., de Florida. Me sé sus cumpleaños, sus gustos…

—‍Si ya sabe todo eso, ¿para qué me haces mirar, atontado? —‍fue la respuesta de Niraj.

Con cara de pena, no le quedó otra que aceptar su derrota, aunque el plan quedó pospuesto por un tiempo: Niraj recibió una llamada y tenía que ir a algún sitio. Los tres nos montamos en el coche y nos dirigimos a casa de una cuarta persona, de nombre, también, Manik. Para diferenciarlos, a este lo llamaban el «número dos» o elBailongo. Niraj y el se montaron en otro coche y Manik y yo nos alejamos. O eso pensaba yo.

Cual novela policíaca, nos escondimos en una bocacalle unos segundos para darles tiempo a salir y empezamos a perseguirlos en la distancia. ¿Qué se traían entre manos? ¿Por qué no nos habían invitado? Y, más importante aún, ¿qué hacía yo en esa situación de repente? ¿Era este un comportamiento normal en la India? ¿Están todos locos o ven muchas películas? Lo último es, sin duda, cierto y, a mi juicio, una de las razones de esta conducta y otras con las que me encontraría más adelante.

Finalmente, se detuvieron frente a una casa. Paramos detrás de ellos y recogimos a algunas chicas. Al parecer, no les vino mal que los siguiéramos, porque no entraban en el coche. Todas eran extranjeras y llevaban en Ahmedabad más o menos tiempo.

—‍¿Tú vives en la casa de las fiestas?

—‍No lo sé —‍respondí.

La verdad es que mi casa tenía pinta de todo excepto de ser un lugar donde se reuniera gente a menudo, pero nunca se sabe… No, no lo era, no voy a dejaros con la intriga.

Fuimos a cenar a un hotel. Aparcamos el coche y teníamos que cruzar una carretera de dos carriles para cada dirección (en teoría, en la práctica, tantas filas de coches u otros automóviles como cupieran), con una mediana de aproximadamente un metro de altura. Manik empezó a andar y yo lo seguí. Un consejo: si vais a la India, siempre pegaos a un autóctono y seguid sus pasos; ellos tienen experiencia. Al momento me arrepentí de tal temeridad: ahí estaba yo, en medio de la carretera, con una mediana que saltar y un bus y una moto que se dirigían hacia mí. Y pensé: «Ya está, una semana, eso es lo que he sobrevivido en la India». Por suerte, la moto pasó rápidamente por delante de mí y pude correr como alma que lleva el diablo hasta el otro lado antes de que llegara el autobús solo unos segundos después. Esa fue mi primera experiencia cercana a la muerte en el país, pero no sería la última.

En el restaurante había bufé. Me pegué a Niraj, ya que yo no conocía esa comida y mucho menos cómo comerla. Palitos de pan para la sopa de tomate. *Rotis* o *naan*, dos tipos de pan plano que a menudo parecen crepes y se diferencian por el tipo de harina con la que se elaboran, para los curris. *Daal* (lentejas) con arroz. Verduras fritas. Bebida de rosas. Tarta, fruta, helado. Había de todo, vegetariano y no vegetariano. Y estaba delicioso.

Allí conocí al tercer Manik, al que llamaban Man. Manik (reservo este nombre para el primero al que había conocido) me dijo: «Es de Noruega, pero lleva tanto en la India que le hemos adjudicado un nombre indio también». Era alto, rubio y con ojos azules. Le oí hablar en hindi, por lo que le pregunté cuánto tiempo había estudiado, ya que yo estaba deseando aprender. Un año, me dijo. Me pareció poco, pero bueno, tengo otros amigos que aprenden idiomas así de rápido, así que lo acepté. ¡Pues no debí! Una nueva lección: no te creas todo lo que te diga Manik. En realidad, Man es indio, pero sus características físicas no lo delatan. Meses después, Man se acercaría a mí en una fiesta y me rogaría que convenciera a un alemán de que no le estaba mintiendo; el nuevo *gora* (así nos llaman a los de piel clara) no se podía creer que ese hombre blanco era de allí.

El plan era ir al cine después de cenar y que pagara Manik. Yo me apunté, pero antes comprobé mi teléfono. Resulta que mi jefe me había enviado un mensaje hacía horas: había un encargo urgente y tenía que dejarlos. Iban a llegar tarde a la película, así que propuse tomar un *rickshaw* yo sola, pero se negaron. Uno de ellos, el Bailongo, me dejaría en casa. Fue el primero de una larga lista de planes que me perdería por tener que trabajar fines de semana y festivos incluidos.

# Lección 5: Mi primera visita a Nueva Delhi

A las dos semanas de llegar, mi jefe tenía planeadas unas vacaciones de una semana, por lo que no le quedaba otra que dejarnos libres también. Eva y yo barajamos varias opciones y al final decidimos ir al norte, a Panjab. Salimos en el tren llamado Rajdhani Express un domingo sobre las seis de la tarde. Era mi primer viaje en la India en este medio de transporte y todo era nuevo para mí. Caminamos por el estrecho pasillo de largos vagones buscando nuestros sitios. A nuestra izquierda había dos asientos uno frente a otro y, sobre estos, una litera. A nuestra derecha, dos bancos para acomodar a tres personas cada uno, también uno enfrente del otro.

Nos sentamos y, a los pocos minutos, empezaron a traernos algo para comer. Esto no ocurre siempre, pero estábamos en tercera clase con aire acondicionado, una categoría más cara que la de los billetes normales, porque tanto mi jefe como Eva pensaban que no era seguro para dos mujeres ir en una clase inferior. Después de cenar, sobre las nueve, todo el mundo empezó a preparar sus camas. Los de los asientos laterales bajaron los respaldos, creando una nueva litera en la parte baja. En nuestro caso, el respaldo de los bancos se levantaba con unas bisagras y se colgaba de unos ganchos que caían de la litera superior. Así, teníamos seis camas en nuestro compartimento. Nos fuimos a dormir con el traqueteo y llegamos a Delhi el lunes a las siete y media de la mañana.

Dejamos nuestro equipaje en el hotel y comenzamos nuestra fugaz visita, ya que al día siguiente nos íbamos a Amritsar, el objetivo principal de nuestro viaje. Por la mañana fuimos a Jama Masjid, una de las mezquitas más grandes de la India. Para llegar, caminamos por la zona antigua y sus callejuelas llenas de puestos de comida con frutas, verduras, carne y pescado, así como muchas moscas y poco espacio. Ni este bazar ni la mezquita son lo más bonito que se pueda visitar en el país. Además, aunque la entrada al templo es gratis, tuvimos que pagar por llevar las cámaras de fotos, ya que no teníamos dónde dejarlas. ¡300 rupias cada una! Es bastante caro; tened en cuenta que la noche de hotel nos salió ese día por unas 280 rupias por cabeza en un hotel barato. Esta mezquita tiene un minarete al que las mujeres solo pueden subir, tras pagar un módico precio, si van acompañadas de un hombre, así que quedó descartado para nosotras incluso antes de poder planteárnoslo.

Después de comer fuimos a India Gate, la puerta de la India, que es un arco de triunfo rodeado de jardines. Caminamos hacia la zona donde está la casa del presidente y otros edificios del gobierno. ¡Todo estaba tan tranquilo! Había poquísimo tráfico, lo que contrastaba con el resto de la bulliciosa ciudad.

También visitamos el templo hindú Laxmi Narayan, bastante grande y formado por salas conectadas en diferentes niveles. Al entrar parece que estás en un pequeño poblado con todas sus casas unidas. Y de ahí intentamos coger un *rickshaw* para volver al hotel. Era una tarea complicada. Como se nos notaba que éramos extranjeras (el color de piel no se puede disimular), siempre nos ofrecían un trato: nos cobrarían un poco menos por la carrera a condición de que fuéramos a tiendas típicas para turistas con caras figuritas doradas de dioses hindúes, elegantes saris, chales… No es obligatorio comprar, pero ellos reciben una comisión a condición de que nos quedemos al menos quince minutos dentro. Aceptamos una vez. A la siguiente, estábamos demasiado cansadas para hacer el paripé.

De camino al hotel, esperábamos agotadas en nuestro *rickshaw* a que los semáforos se pusieran en verde y nos dejaran continuar. De repente, un niño de unos tres o cuatro años se acercó a nosotras corriendo:

—‍Diez rupias, diez rupias —‍pedía.

Era tan pequeño… No podía darle dinero. Las mafias trabajan así: usan a niños que dan pena para sacar más. No pueden ir a la escuela y están atrapados mendigando en las calles. Pero algo le podía dar:

—‍No tengo diez rupias, pero tengo un zumo de mango. ¿Quieres zumo de mango?

—‍¡Sí, sí, sí! —‍empezó a decir mientras literalmente daba saltitos de alegría agarrado a las barras del *rickshaw*.

Un zumo de mango le estaba haciendo tan feliz que te partía el corazón. Saqué la botella del bolso, la abrí (para que no pudiera revenderla) y se la di. Mientras nuestro semáforo se ponía en verde, el niño salió corriendo hacia la acera para disfrutar de su zumo. Me eché a llorar de la impotencia en el mismo *rickshaw*, con Eva a mi lado, que parecía algo ajena a la situación. Quizá ella estaba ya acostumbrada a esto.

# Lección 6: El Templo Dorado y Holi

Al día siguiente cogimos el tren para Amritsar y fuimos directas a visitar Harmandir Sahib, conocido como el Templo Dorado, que es un templo sij, por lo que hay que descalzarse y cubrirse la cabeza para entrar. Es uno de los lugares más bonitos de la India; una visita imprescindible. Una vez pasamos la seguridad, accedimos a un espacio rectangular, cuyos laterales estaban formados por edificios blancos (como los templos de esta religión). En el centro hay un estanque artificial, Amritsar (del cual la ciudad toma el nombre), que significa «estanque de néctar», también rectangular, en el que los visitantes realizan sus rituales dentro del agua, en compañía de las enormes carpas que viven allí. En el centro de este estanque está el Templo Dorado en sí, al que podemos llegar por una pasarela con colas interminables. Tiene dos niveles con diferentes estancias y los fieles escuchan las sagradas escrituras, el Sri Gurú Granth Sahib, en su interior. Su brillo contrasta con la blancura del suelo y los edificios exteriores.

Salimos del templo y buscamos un lugar para comer. Ignorantes de nosotras, no sabíamos que en estos templos se da comida gratis a los viajeros y cualquier otro visitante como forma de servir al prójimo. En fin, la guía de viaje que llevábamos recomendaba un restaurante, así que intentamos llegar hasta él guiándonos por un mapa. Por entonces, ninguna de las dos tenía un móvil moderno con internet, así que teníamos que fiarnos de nuestras capacidades.

—‍Vamos por aquí, que parece que está al final de esta calle —‍le dije a Eva.

Ella aceptó, pero se veía que no se sentía a gusto. Las estrechas calles estaban llenas de gente que nos observaba como si fuéramos alienígenas que acabaran de aterrizar. Estábamos muy incómodas. De repente, para añadir tensión, alguien nos tiró un cubo de agua desde un balcón y todos empezaron a reírse. Por suerte, no nos mojó mucho. Y solo unos metros más adelante, un energúmeno pasó con una moto y le agarró el culo a mi compañera. Afortunadamente, llegamos al final de la calle sanas y salvas y nos metimos a comer en el dichoso restaurante.

Después de una merecida siesta, esa misma tarde visitamos un parque cercano, Jallianwala Bagh. Aquí, una tarde de abril de 1919, se había convocado una manifestación no violenta contra la ocupación por parte del Reino Unido. Las demandas de independencia habían aumentado en los últimos tiempos y los ingleses tomaron represalias: se liaron a balazos durante diez minutos contra los manifestantes. Todavía podemos acercarnos al «pozo de los mártires», donde se encontraron los cuerpos de aquellos que se tiraron para evitar las balas. Además, al anochecer, reproducen lo ocurrido con un espectáculo de luz y sonido. Por desgracias, como era en hindi, ni Eva ni yo nos enteramos de mucho.

El miércoles visitamos Mata Mandir, un templo al que van a rezar las mujeres que quieren quedarse embarazadas (sí, en la India hay templos para todo, hasta hay uno para que te concedan el visado a Estados Unidos). Desde el exterior parece pequeño, pero cuando entras vas pasando de sala en sala, a veces por puertas muy pequeñas. Es como una atracción de feria en la que te conviertes en Alicia, la del país de las maravillas. A veces estás en pasillos cubiertos de espejitos de colores. En otras ocasiones, te encuentras en una pequeña cueva en la que hay que caminar por el agua y encorvado para no pegarte con el techo. Desde uno de los balcones vimos pasar a gente pintada de morado…

Y es que ¡era Holi! Holi es el festival hindú de la primavera, el cual se celebra lanzando polvos de colores. Bajamos del templo y fuimos en búsqueda de los fieles. Nos los encontramos un par de calles más abajo. Al principio los seguimos discretamente, porque se notaba que a Eva no le apetecía mucho juntarse con ellos, aunque yo lo estaba deseando. Entonces nos vieron y nos ofrecieron pintarnos un poco la frente y aceptamos… y como los demás vieron que nos parecía bien, todos empezaron a pintarnos la cara con polvos de colores y a gritar «¡Feliz Holi!». Nos ofrecían comida y bebida constantemente, nos preguntaban de dónde éramos, querían hacerse fotos con nosotras… Uno pilló a Eva por banda y le dio el teléfono para que hablara con su primo que vivía en Estados Unidos (no intentéis buscarle lógica a esto).

Con ellos fuimos hasta un templo. Allí, a la entrada, nos ofrecieron *bhang*, una bebida con marihuana, pero no nos atrevimos a probarla. ¡No olvidéis que yo solo llevaba unas semanas en el país! Bailamos durante un buen rato, casi todo el tiempo con los brazos en alto, como suelen en Panjab. Parecíamos marionetas y acabamos agotadas. Además, hacía muchísimo calor. Para terminar la experiencia nos sentamos a ver el espectáculo: un chico interpretó una danza tradicional para los asistentes. Después, todos los jóvenes comenzaron a subirse unos encima de otros, tipo *castells*, para llegar a una vasija de barro con *dahi* (una especie de yogur) que colgaba de un cable. Esta tradición al parecer tiene su origen en una historia hindú: Krishna, de niño, solía quitarle la mantequilla a su madre, porque le encantaba. Ella la puso a gran altura y el pequeño Krishna se dedicaba a escalar para alcanzarla.

La gente comenzó a dispersarse. Yo, por mi parte, no me encontraba bien. Quizás era una insolación, después de bailar al sol, o una bajada de tensión, o incluso algo que había comido podía haberme sentado mal. No sabía qué era, lo que sí sabía es que, si me levantaba, corría el riesgo de caerme redonda al suelo. Me senté y bebí agua. Eva me ayudaba lo que podía. Parecía que me encontraba mejor. Salimos del recinto del templo y comenzamos a caminar. A los pocos metros tuve que sentarme de nuevo a la sombra. Tendríamos que coger algún tipo de transporte para volver al hotel, porque yo apenas podía andar.

Una mujer que volvía también del templo con sus hijas se dio cuenta de que me sentía mal y nos invitó a su casa, ya que vivía muy cerca. Nos montó en un *rickshaw* de los de bicicleta y le dio su dirección, hasta donde ella iría andando. Allí, nos llevó a una habitación con aire acondicionado y nos dio agua. Además, nos invitó a comer. Sin conocernos de nada nos llevó a su hogar y nos ofreció ayuda y comida. Declinamos la invitación, pero no se quedaba tranquila si no sabía que llegaríamos bien al hotel, así que insistió en que su marido nos llevara hasta allí. A eso no podíamos negarnos.

Cual fue nuestra sorpresa cuando vimos que no nos llevaría en coche, ¡sino en moto! Mi primera vez en trío. Si lo hubiéramos sabido… Eva y yo nos mirábamos de reojo, pero ya era tarde para rechazar el ofrecimiento, así que yo me subí detrás de este desconocido y Eva, detrás de mí. Llegamos vivas, como habréis podido imaginar, pero algo más sucias: además de tener la piel grisácea de la mezcla de polvos de diferentes colores, unos graciosillos nos tiraron un huevo desde un coche. Cada uno celebra Holi a su manera.

Después de eso, mientras yo me duchaba e intentaba quitarme el color de la piel, Eva le contaba a Ram cómo iba nuestro viaje. Parece que se preocupaba mucho por nosotras. Descansamos hasta la hora de cenar. Había tardado tan solo dos semanas en cogerme la típica enfermedad del viajero por la que todo turista debe pasar en la India.

# Lección 7: Coger un *rickshaw* puede suponerte un dilema moral

A la mañana siguiente tomamos un bus hacia Chandigarh, capital compartida de los estados de Panjab y Haryana. Nada más bajar del autobús, una horda de hombres nos rodeó. No, no querían atacarnos. Solo querían ofrecernos sus servicios de transporte: eran *rickshawalas*. Tengo que reconocer que me agobié. Todos quieren que vayas con ellos porque, para qué negarlo, engañar a una turista es más fácil, ¿no? Había algún *rickshaw* de bicicleta, pero la mayoría eran a motor. Además, aquí, en lugar de verdes y amarillos como en Ahmedabad, eran negros, y más espaciosos. Nos decantamos por estos. En nuestra visita a Delhi y Amritsar, en los días anteriores, habíamos probado con los de bicicleta, y la experiencia no había sido muy buena.

Primero, en Delhi, para volver de la mezquita hasta el hotel por las calles del bazar, no encontramos otro transporte. A mí me daba reparo. Parece esclavitud. Me incomoda estar sentada tranquilamente en la parte trasera mientras el pobre chico (u hombre) lucha por pedalear y avanzar con nuestro peso a cuestas. Reprimí mis sentimientos y nos subimos. Además de que no nos gustaba, nos salió bastante caro y ni siquiera nos llevó hasta el hotel, sino que nos dejó al otro lado del puente que pasa por encima de la estación de tren, así que tuvimos que caminar unos diez minutos bajo el sol.

Mi segunda experiencia, en Amritsar, no fue mejor. Al salir de la estación de tren nos encontramos en la parada de *rickshaws* y taxis. Un hombre de unos sesenta años no paraba de insistir en llevarnos. Aceptamos sin saber que su *rickshaw* era a pedales también. Intentamos echarnos para atrás, pero no aceptaba un no por respuesta. Colgó nuestras mochilas de los laterales, nos subimos y empezó a pedalear. ¡Un hombre mayor! No podía sentirme más culpable. Entiendo que es su trabajo y es muy digno trabajar de tu fuerza, pero… En fin, ya estábamos montadas y no había solución. Llegamos a un paso a desnivel. ¡Cuesta arriba! El buen hombre nos pidió que nos bajáramos y, mientras nosotras caminábamos por la orilla de la carretera, él empujaba su *rickshaw*. Una vez arriba, nos volvimos a subir y nos llevó hasta nuestro hotel. Allí, por si no habíamos tenido bastante, nos dio su tarjeta de visita para que lo llamáramos si necesitábamos sus servicios en el futuro.

Como podéis comprender, en Chandigarh nos negamos a volver a pasar por algo así. Yo empecé a dudar, pero afortunadamente cogimos uno a motor. Afortunadamente, digo, porque estábamos a bastante distancia de nuestro hotel y habríamos tardado muchísimo en llegar.

Una vez instaladas en nuestra habitación, salimos a visitar la ciudad. Allí solo tendríamos un día, así que aprovechamos la tarde para ir al Rock Garden, que es un «jardín» realizado en su totalidad con material reciclado. En realidad, es una especie de parque/laberinto plagado de esculturas de animales o personas. Las paredes y parte del suelo están también cubiertos. Pero, ¿cubiertos de qué? Pues de trozos de baldosas, de enchufes rotos, de pedazos de bañeras, platos, pulseras de plástico… Desde allí paseamos hasta el lago artificial que hay en la ciudad y tomamos un *rickshaw* hasta el jardín de rosas. Para entonces estábamos agotadas de tanto andar, por lo que nos volvimos al hotel. Al día siguiente volvíamos a Delhi.

Ya estábamos a viernes. La semana se nos había pasado volando, entre transporte y transporte y parada y parada. Nos quedaban unas 24 horas en la ciudad y estábamos cansadas, pero dispuestas a aprovecharlas. Esa tarde fuimos a Lal Qila o Fuerte rojo. Nos cobraron 250 rupias por ser extranjeras. Puede no parecer mucho (son unos 3,50 euros), pero los indios solo pagan diez rupias. Es una costumbre muy común en el país, por la diferencia de poder adquisitivo con los extranjeros. Paseamos por los palacios y jardines e intentamos (sin mucho éxito) no llamar la atención.

El sábado, nuestro último día, nos quedaban por visitar dos de los lugares más impresionantes de la ciudad. Por la mañana nos dirigimos al Swaminarayan Akshardham, un templo hindú. Como los templos de esta religión han sufrido ataques terroristas, antes de acceder tuvimos que pasar por una larga cola de seguridad y dejarlo todo en unas taquillas; solo se puede entrar con la cartera y agua. Se construyó recientemente, en el 2005, y está rodeado de jardines. El inmenso templo central está construido con piedras completamente talladas. Al nivel del suelo, por ejemplo, están representadas decenas de elefantes en diferentes situaciones de su vida entre ellos, en la naturaleza, con los hombres y con los dioses.

Por último, hicimos acopio de nuestras últimas fuerzas y fuimos al Templo del Loto, cuyo nombre hace referencia a su forma. El exterior es realmente impresionante. Sin embargo, en el interior apenas hay decoración, ya que pertenece a la religión Bahá'í, que busca la unión espiritual de toda la humanidad. Todo el mundo entra en silencio y puede quedarse dentro tanto tiempo como quiera, meditando o rezando al dios en que crea.

Se nos había pasado la semana. Al día siguiente teníamos que trabajar, así que volvimos al hotel a por nuestras mochilas y cogimos el tren hacia Ahmedabad. Llegaríamos a la ciudad a las nueve de la mañana y a las diez teníamos que estar en la oficina. El viaje me había permitido ver y sentir un poco más la India, pero me faltaba algo. Aunque Eva era una chica agradable, nuestra relación era simplemente cordial. No hablaba nada de su vida y siempre se mostraba distante. Me faltaban amigos.

# Lección 8: Tocar los pies es una muestra de respeto

No disponible como contenido de muestra.

# Lección 9: No todo el mundo habla inglés en la India

No disponible como contenido de muestra.

# Lección 10: El autocine

En mi primera semana, un día Manik el Bailongo llamó a Eva por teléfono mientras estábamos en la oficina. Quería invitarnos a cenar para conocer a la nueva adquisición de Ram: yo. Vino a buscarnos a nuestra misma puerta para llevarnos a su casa. Por el camino, desde la ventanilla del coche, vi un cartel que llamó mi atención: *Drive-in cinema*. *Drive-in*. ¿¡Un autocine!?

—‍¿Tenéis un autocine? —‍pregunté emocionada.

—‍Claro, y podemos venir cuando quieras.

Fue una cena bastante formal (ya sabéis que Eva no era una gran fiestera). Lo mejor fue probar el *pav bhaji*, un plato típico de Mumbai que consiste en un «puñao» de verduras diferentes cortadas o batidas con una mezcla de especias. Se come untando unos panecillos tostados y pringándose los dedos (de la mano derecha) hasta el codo. Aparte de este «evento», la vida en Ahmedabad, como os comentaba, era bastante anodina. Me levantaba e iba a clase de yoga de ocho a nueve; después de ducharme y desayunar me dirigía al trabajo con mi compañera. A las siete de la tarde volvía a casa, cenaba, hablaba con Pablo y me acostaba.

Algunos días Manik me hablaba por Facebook. La mayor parte de las veces no me apetecía seguirle el juego. Sus comentarios estaban a menudo fuera de lugar. Si, por ejemplo, nos invitaba a tomar helado y yo respondía que ya era tarde e iba a acostarme, él preguntaba qué llevaba puesto. No sabía muy bien si era un graciosillo o si intentaba ligar conmigo. Sin embargo, nunca se me ha dado bien ser borde. Lo toleraba y era amable, ya que tanto me había ayudado aquel día para registrarme en la comisaría. Sin él, ese proceso habría sido mucho más largo y tedioso.

Una noche me propuso ir al autocine. A eso no podía negarme. Se suponía que Eva vendría también, pero mi jefe tenía la visita de un amigo de Delhi y nos invitó a ir con ellos a cenar a Manek Chowk, un bazar de comida en la calle. Yo ya había aceptado salir con Manik, así que nos dividimos: yo saldría con Manik y Eva, con Ram.

Manik pasó a buscarme en su coche. Venía solo. Fuimos hasta el autocine, no sin antes pasar por una pequeña tienda para comprar un par de cigarrillos. Al menos eso nos ayudaría a llenar los silencios incómodos entre dos personas que apenas se conocen. La película, *Commando, A One Man Army*, que viene a traducirse por «Comando, un ejército de un solo hombre», no tenía pinta de ser muy buena, a lo que había que añadir que era en hindi, por lo que no iba a enterarme de nada.

Aparcó el coche a bastante distancia de la pantalla. Cada aparcamiento estaba flanqueado por postes de algo más de un metro de altura con un altavoz. Así, estuvieras donde estuvieras, el sonido siempre te llegaba. Además, podías meterlo en el coche y cerrar la ventana dejando únicamente espacio para el grueso cable que lo conectaba al poste.

Vimos la primera parte. Por suerte, era la típica película con mucha acción, mucho mamporro y poca miga. El actor lucía sus músculos con dominadas y flexiones y protegía a la heroína, una chica simple con una voz tan aguda que era molesto escucharla, incluso sin saber lo que decía. Entre las imágenes y las pocas explicaciones que Manik me daba sobre el argumento, pude sobrevivir a aquella experiencia. Yo no estaba del todo en mi salsa; no sabía qué intenciones o esperanzas tenía aquel chico, pero a mí él no me interesaba en absoluto. Intenté mantenerme distante sin que la situación se volviera incómoda. Empezó a llover. No era la época, pero no venía mal un poco de agua para refrescar el ambiente. Paró y salí del coche para disfrutar del tiempo y el olor a tierra mojada, y también para poner un poco más de distancia con Manik.

Durante el intermedio (sí, las películas de Bollywood son bastante largas y en los cines siempre se hace una pausa para ir al baño, comprar unos nachos o unas palomitas o comentar lo que ha pasado por el momento) me preguntó si quería un helado.

—‍No, he tomado *shrikhand* de mango antes de venir.

Me miró con los ojos como platos, me agarró del cuello simulando que me estrangulaba y dijo:

—‍Dame algo a mí también, ¿no?

Nos reímos. En realidad el chico era majo y gracioso. Por cierto, el *shrikhand* es una especie de yogur muy muy espeso al que le añaden almendras, azafrán, pistachos o, como en este caso, mango, la fruta favorita de Manik, y está riquísimo, aunque es bastante empalagoso.

En otro coche aparecieron Niraj, Man y algunos otros indios que yo aún no conocía. Empezaron a hacer bromas, la mitad en hindi. Supongo que hablaban de que Manik y yo estábamos solos en el cine. Man quería que yo le enseñara español a cambio de ayudarme con mi hindi. Yo también contribuí a la «fiesta» riéndome de Niraj, ya que se acabada de comprar el coche y no le había quitado el plástico a los asientos. Por lo visto, es una práctica muy habitual en el país: mientras esté así, parece que el coche es nuevo y cuanto más tiempo parezca nuevo, más contento estará el dueño.

Al rato nos volvimos a nuestro coche. Cuando la película estaba a punto de terminar, Manik recibió una llamada, habló en hindi, y ambos coches se dirigieron a la salida mientras pasaban los créditos. Por el camino seguimos hablando. Parecía que tardábamos bastante en llegar a casa. Me extrañó, porque pensaba que vivía cerca del autocine. De repente me dijo:

—‍¡Se me olvidó preguntarte! Cuando los chicos me llamaron decidimos ir a Manek Chowk.

—‍¡Pero yo tengo yoga por la mañana y es la una de la madrugada! ¿Ya estamos muy lejos?

—‍A medio camino. Pero si quieres te llevo a casa.

—‍Por favor, si no te importa.

Dio media vuelta y veinte minutos más tarde estaba en la puerta de mi casa.

—‍Gracias.

—‍Vete a la mierda —‍fue la respuesta que recibí.

—‍¿Por qué? Siento haberte hecho dar la vuelta, no quería entretenerte.

—‍No es por eso —‍me explicó—‍; no me gusta que me digan gracias o lo siento. La gente lo dice sin sentirlo. Cada vez que uses esas palabras conmigo, la única respuesta que vas a recibir es un ‘vete a la mierda’.

—‍De acuerdo. Entonces no te lo agradezco. Buenas noches.

# Lección 11: Abril no es el mes más cruel

A finales de abril, después de casi dos meses en la India, una noche Manik se empeñó en ir a tomar *gola*. Yo acepté, ignorante del efecto que aquella decisión tendría en mi vida. Invité a Eva a venir y, a la hora acordada, bajamos a esperarlo. Era una noche cálida y salir a la calle en aquellos días era todo un placer.

Finalmente Manik apareció, pero no en su coche, como esperábamos, sino en moto. Se quitó el casco y pensé: «Vaya, este chico es bastante atractivo». Puede parecer algo superficial, pero así es la vida. No sé si fue la moto, la temperatura y el ambiente, el hecho de llevar en la India lejos de Pablo unas seis semanas o si era algo que tenía que ocurrir tarde o temprano.

—‍No sabía que ibas a venir en moto —‍le dije.

—‍Y yo no sabía que ibas a invitar a Eva.

—‍¡Di por hecho que nos invitabas a las dos!

El problema era que éramos tres para una moto. Yo pensé que podíamos apañarnos, ya que es algo muy habitual en la India (Eva y yo ya lo habíamos probado en Amritsar), pero no lo propuse. Manik, sin embargo, tenía un as bajo la manga. Hizo una llamada y, al terminar, nos dijo que no pasaba nada; un amigo estaba cerca y vendría en unos minutos. Y así fue; un chico joven, alto y moreno apareció en su propia moto. Eva ya lo conocía y se saludaron. Manik nos presentó:

—‍Este es Niraj.

—‍Encantada. ¿Otro Niraj?

—‍Sip, pero este se apellida Lakhani. Bueno, vámonos, ¿no?

Yo no conocía al nuevo, por lo que me sentiría más a gusto yendo con Manik. Le pregunté a Eva con quién quería ir y respondió que le daba igual (aunque no me lo creí), así que yo me acerqué a Manik y ella montó con Niraj. Tras años escuchando a mi padre hablar sobre lo peligrosos que son estos vehículos y sabiendo que iba sin casco, estaba muerta de miedo. Se lo dije a Manik:

—‍Por favor, no corras. ¡Tengo pánico!

Llegamos, sanos y salvos, a un puesto de *gola*. Yo elegí uno de piña y los chicos nos invitaron a sentarnos en unas escaleras mientras los compraban. Teniendo en cuenta que nosotras no hablamos hindi, era la mejor opción.

Manik nos contó que se iba a Nepal en unos días por trabajo. Estaría allí un par de semanas y había planeado hacer *puenting* un día. Yo le hablé de mi novio, que iba a venir a la India en unos quince días.

—‍Estando tan lejos, ¿discutís mucho?

—‍Bueno, lo justo. ¿Por qué?

—‍Da igual, las mujeres siempre acabáis ganando. No importa los puntos que él saque con sus argumentos, vosotras lloráis y os lleváis cientos de puntos.

—‍Un momento… ¡Eso es lo que pasa en la película *Pyaar ke side-effects*, con la puntuación en un marcador!

—‍¿La has visto? —‍me preguntó sorprendido mientras levantaba la mano para chocarla conmigo.

—‍Sí, la otra noche con Eva. Es malísima y ese chiste, al igual que la mayoría de los de la película, es simplista, machista y no tiene ninguna gracia.

—‍¡Me encanta esa película!

Yo no salía de mi asombro. El título significa «Los efectos secundarios del amor». Tengo la costumbre de terminar lo que empiezo, por lo que me la tragué hasta el final. Aparte de no tener gracia, está plagada de tópicos sobre las relaciones y el comportamiento de las mujeres que, en mi opinión, distan mucho de la realidad y que los hombres utilizan para mofarse de nosotras y mantener el *statu quo*. Muchos indios argumentan que las mujeres de su país son realmente así: les preocupa que su ropa sea de marca, se compran decenas de zapatos cada año, les gusta que les regalen oro y joyas o que ellos siempre paguen la cuenta y manipulan al supuesto sexo fuerte con chantaje emocional.

—‍Las mujeres no somos como se las pinta en esa película. Yo no soy así, aunque casi no me conoces, ya lo verás —‍le dije.

A los pocos minutos también se nos unió un primo de Manik: Rohan. Nos fumamos un cigarro y nos metimos en el coche de este, que nos llevaría a casa. La verdad es que estaba algo decepcionada; me había gustado la emoción de ir en moto. Por el camino seguimos hablando de relaciones. Manik nos contó que él y todos sus amigos (incluido mi jefe) tendrían que casarse. La familia les buscaría a chicas que ellos verían y tendrían que aceptar a una. Solo ese año, él tenía que asistir a unas diez bodas. ¡Más que yo en toda mi vida! Nos dijo que, cuando Ram se casara, él estaría allí, cerca de él, y lo mismo ocurriría en su propia boda.

Nos dejaron en la puerta de nuestra casa.

—‍Gracias —‍dijo Eva.

—‍Vete a la mierda.

Nos adentramos en el edificio y me confesó que no le caía bien. Esos comentarios tan fuera de lugar y tan maleducados no eran de su agrado.

—‍A mí me cae bien —‍le dije.

Me habría gustado añadir que, si no fuera porque tenía novio, aquel chico podría incluso gustarme, pero, como os decía, nuestra relación era distante y sentía que ese comentario habría sido inapropiado para ella. Así que me lo callé.